

TESIS SOBRE LA INDIGNACION Y SU TIEMPO

1

Hacia tiempo que el fantasma de la revolución no hacía su aparición por Europa. A juzgar por el estado en que se presenta lo ha debido de pasar muy mal en estos años.

Quien quiso ver en el denominado 15-M un movimiento revolucionario, se equivocó. No lo ha sido, no lo es, y no aspira a serlo. Quienes, a pesar de todo, se han erigido como sus “portavoces” se han tomado demasiadas molestias en aclarar que no desean transformar nada fundamental de la sociedad contemporánea como para seguir ignorándolo. No, no se trata de un movimiento revolucionario –no es siquiera reformista en el sentido que esa palabra tiene históricamente–, y aquí trataremos de decir por qué.

Pero tampoco es un divertimento sin consecuencia de unos cuantos estudiantes y activistas de izquierda. No es una conspiración para movilizar a las masas con algún oscuro interés detrás. Es algo mucho peor que todo eso.

2

Antes de empezar tenemos que aclarar que cuando cuestionamos el papel de “los indignados” no aceptamos ninguna de las críticas que la extrema derecha ha vertido sobre ellos. Puede que algunos argumentos aquí escritos, para determinada progresía en voga, *suenen* reaccionarios. En nuestra defensa sólo diremos que en las condiciones actuales “un revolucionario coherente pasaría por reaccionario y viceversa”. Para ser más claros: cuando algunos medios tildaron a los indignados de “terroristas” se cometió una terrible injusticia, ya que no habían hecho *absolutamente nada* para merecer el calificativo.

Aprovechamos para mostrar nuestra solidaridad incondicional con aquellas personas que han sufrido la represión brutal del Estado durante las movilizaciones, y justificamos *todos y cada uno* de los delitos que se les puedan imputar. No nos olvidamos de las más de setenta y siete mil personas que, a diario, sufren la tortura en las cárceles del Estado español.

3

La “indignación” no ha aspirado *en ningún momento* a derrocar el orden impuesto, sino a mejorarlo. Acostumbrados a consumir política como se consume cualquier otro producto

industrial, esta supuesta rebelión se ha contentado con poner una hoja de reclamaciones a quienes les sirven la papilla diariamente. Así, el espíritu que llevó a tomar las plazas y las calles fue, mayoritariamente, la indignación del consumidor estafado. Un poco más cabreado de lo habitual, desorientado por el nuevo escenario en que tenía lugar su reivindicación, confuso en cuanto al destinatario de su pliego de agravios, pero en el fondo manteniendo la actitud que viene caracterizando a la muchedumbre solitaria que cada fin de semana deambula sin rumbo por los centros comerciales. Lo novedoso es que a esa pasividad se le ha dado una *forma radical* –es decir, aquello que algunos creen que significa ese término en nuestros días–. Supuestamente se trataba de poner en tela de juicio la política representativa y partidista, pero si eso se ha hecho en algún momento ha sido para exigir *nuevos líderes, nuevos partidos, nuevas leyes*. Si se ha llegado a cuestionar la acción policial en algún momento, ha sido a cambio de reforzar la función de policía al interior –las comisiones de “respeto” o de “organización interna” han funcionado como una eficaz policía del pensamiento–. La condición básica de esta pretendida revolución era que no sucediese nada fuera del orden cívico. Fijado ese compromiso, se podía hablar de todo. De este modo la *forma asamblearia* ha dado cobertura a contenidos que, por su misma naturaleza, negaban la existencia de las asambleas. Lo que tiene su mérito, pues se ha conseguido demostrar que es posible decidir *asambleariamente* mantener las condiciones de explotación miserable que sufrimos y reforzar este orden inhumano, y al mismo tiempo creer que se está haciendo todo lo contrario. Es como si ante un pelotón de fusilamiento los reos discutiesen en asamblea la posibilidad de ser *ellos mismos* quienes se diesen el tiro de gracia.

4

La apuesta por la “radicalización” del movimiento, que algunos defendieron como argumento para su participación en él, parte de dos errores fatales. El primero es de apreciación: no es posible la radicalización porque esta “indignación” no se orientaba hacia ningún lugar, se trataba más bien de un grito de impotencia. No pretendía amenazar a nadie ni *podía* hacerlo.

El segundo es de concepto: que exista un conflicto de intereses no quiere decir que ninguna de las partes enfrentadas se plantee seriamente la transformación del orden social para resolverlo. Los intereses de la mayoría de indignados y los de las élites pueden

haberse desajustado *coyunturalmente*, pero en lo fundamental comparten un mundo, unos valores y un objetivo: el progreso económico.

Es, por tanto, una soberbia tontería tratar de “radicalizar” aquello que, desde su nacimiento, no se opone al orden, sino que lo alienta, colabora con él y le indica dónde debe ajustar su presión para *funcionar mejor*. Que los grupos en el poder no estén demasiado interesados en lo que les gritan sus colaboradores, o que incluso les moleste tener que aguantar sus pataletas, no cambia la naturaleza del asunto. Cuando la policía reivindica mejoras salariales también entra en conflicto, ¿son por ello el próximo sujeto revolucionario? Algunos indignados, nos tememos, contestarían que sí. Buscan su *lugar* en el estado de cosas actual, y defenderán con uñas y dientes las concesiones que lleguen a conseguir, por miserables que sean.

5

Los indignados no han puesto en duda ninguna cuestión de primer orden para el funcionamiento de la sociedad. El que hayan reaccionado a un orden injusto no quiere decir que lo hayan entendido en absoluto. Más bien porque no lo han hecho, su “crítica” ha tenido cierta capacidad de convocatoria: no ponía en peligro nada importante. Al mismo tiempo, han conseguido tener la sensación de estar combatiendo al “sistema” sin atacar ninguna de sus bases fundamentales.

Al haber incorporado como una tercera piel el universo de consumo y comodidades *high-tech* del mundo occidental, han esperado que “con un sólo click” las cosas cambiasen de la noche a la mañana. Pero la cuestión central en cualquier insurrección merecedora de ese nombre ha sido *paralizar* la producción, boicotear los suministros de la ciudad, asfixiar la comunicación del aparato de Estado, generar los medios propios, y emboscar al enemigo en terreno propicio. Se trataba de construir el momento del enfrentamiento, no esperar, como espectador fiel, a que *ocurriese algo*. El círculo mágico trazado alrededor de las plazas y las sacrosantas asambleas hizo innecesario, en muchos casos, el cordón policial. De allí no se iba a mover nadie mientras durase la *representación*. Lo principal era no interrumpir el ritmo de la ciudad, dar buena imagen en el diálogo con los medios de comunicación, lanzar *mensajes* a los representantes del Estado... en resumen: no crear situaciones de conflicto. Quienes trataron de hacer algo en sentido contrario tuvieron en los indignados a sus primeros detractores y policías.

No se ha puesto en duda el modelo de producción, ni el crecimiento económico, la dependencia energética y la devastación en curso del planeta, los millones de personas condenadas a la miseria y la guerra para mantener el nivel de consumo, movilidad y confort occidentales... no al menos en la práctica. Detener el complejo de producción industrial y militar es mucho más difícil y arriesgado que combatir sus *símbolos y representantes*. Por eso el conflicto planteado no socavó en lo más mínimo las condiciones de dominación existentes que, se suponía, causaban la “ola de indignación”. Cuando una de las reivindicaciones más defendida era la reforma de la Ley Electoral, ¿cómo se iban a plantear el resto de cuestiones que son realmente las que sostienen materialmente al orden social actual? Es más, aunque se aboliese directamente la política de partidos y se disolviese el parlamento, ¿cómo se afrontaría, a partir de ese momento, el complicado asunto del abastecimiento de energía bajo el monopolio actual de unas pocas multinacionales, o el entramado de transporte internacional dependiente del precio del petróleo para la circulación de mercancías?

Los indignados dirían que estas cuestiones son secundarias frente a su propuesta de reforma política. Nosotros sostenemos lo contrario: no hay reforma política que solucione los problemas que genera la sociedad industrial globalizada. No existirá ninguna garantía de libertad política mientras nuestras condiciones de subsistencia se sigan produciendo y reproduciendo bajo el yugo de una dependencia tan atroz a escala planetaria. Nunca se llegará a plantear la verdadera raíz de la opresión mientras comencemos por la Ley D'Hondt. El pretendido “realismo político” de quienes defienden lo contrario, y piden a gritos que les dejen *participar* en la gestión del desastre, debe ser recompensado con el más firme desprecio.

6

No podía durar mucho la ola de indignación, y no nos lamentamos por ello. Lo peor, sin embargo, está por llegar. El reflujo de este pretendido movimiento revolucionario barrerá a quienes sostengan argumentos más radicales contra el orden impuesto. En algunas ciudades el 15-M ya ha realizado las gestiones necesarias para constituirse en plataforma política, atendiendo a la llamada de quienes le han pedido, desde el inicio, una actitud *responsable y cívica*.

No han tenido que insistir mucho. Un periódico que se autoproclama como

representante de la voz del 15-M en Madrid abrió su primer número con la siguiente frase en portada: “15-M sí, radicales no.” Hay que agradecer la falta de corrección política de quienes, tan a las claras, dicen lo que piensan y exponen sus intereses. Quien aún hable de una posible *manipulación* que impide radicalizarse al movimiento debería de ir sacando las conclusiones pertinentes. Ya es hora de plantear una incómoda pregunta: ¿qué ha cambiado desde el 15 de mayo? Lo tranquilizador, por obvio, sería responder “nada”... Pero en realidad sí ha cambiado algo: *el 15-M ha supuesto la alineación de una parte de la población, hasta ahora sólo desencantada, para la defensa, por otros medios, del orden establecido.*

En la confusión reinante durante los primeros días, aún cabía albergar algunas dudas respecto al desarrollo posible de los acontecimientos. A estas alturas, evidentemente, no. Si las opciones de una crítica radical eran pocas antes de la toma de las plazas, ahora serán menos. Quienes accedieron a “rebajar” sus argumentos o dulcificarlos para *acercarse* a la masa indignada ya habrán comprobado la hospitalidad con que la inercia ciudadanista acoge en su seno a quienes, hasta ayer, trataba como indeseables violentos. Cuando la sumisión está tan arraigada puede ser temible.

El error fatal de quienes pueden verse barridos por la resaca de esta ola de rebeldía conformista y digitalizada, ha sido pensar que *todo aquel* que cuestionase la política o, más concretamente, a “los políticos”, estaba llamado a convertirse en un anarquista; que *todo aquel* que se indignase por una injusticia estaría dispuesto a combatirla con todas las consecuencias; que *todos* aquellos que se sentaban en círculo y aprendían cuatro normas básicas para hablar en una asamblea rechazaban el autoritarismo... y, así, *ad nauseam*.

Es comprensible que muchos *necesitasen creer* que algo así iba a suceder, aunque fuese a pequeña escala, en su ciudad, su pueblo o su barrio. La liquidación de la crítica radical y revolucionaria ha avanzado tanto en las últimas décadas que, lo que algunos llaman “salir del gueto”, se ha convertido casi en una obsesión. Lo entendemos; el ambiente es asfixiante, pero cabría plantear la pregunta: ¿salir del gueto, pero *hacia dónde?* Habrá que dejar el optimismo para los nuevos malos tiempos que, sin duda, están por llegar.

El pretendido pacifismo de los indignados es reaccionario. El pasado siglo XX ha sido el de la institucionalización de la violencia y el exterminio planificado técnicamente. La imposición a sangre y fuego de la modernización ha causado millones de víctimas,

directas e indirectas, en todo el planeta. En los primeros diez años del siglo XXI la violencia estructural no ha hecho más que multiplicarse, las intervenciones militares no han cesado, y el presupuesto de los Estados para equipar y entrenar a sus ejércitos y policías supera, en mucho, cualquier otra inversión. El genocidio continúa su curso en todo el mundo, y ya no se habla de Guerra Mundial porque el estado de guerra ya no es la excepción sino la norma. El progreso industrial es una máquina de guerra que, en tiempo de bonanza, puede producir menos cañones y más mantequilla. Pero los tiempos de bonanza hace tiempo terminaron.

Antes de llenarse la boca con argumentos “pacifistas” y llamadas a una superioridad ética bastante idiota, no estaría mal recordar todos los cadáveres sobre los que se alzan los “valores no violentos” de las sociedades contemporáneas.

Los indignados han obviado todo esto y se han lanzado a defender un pacifismo incondicional que los alzó como policías del pensamiento desde sus inicios. Los más adelantados en la mentalidad de madero instaban a denunciar “a los violentos” mientras llamaban “compañeros de azul” a los efectivos policiales. Había que ser buenos y “no darles motivos”; así funciona el ciudadano indignado de la posmodernidad: es el campeón del pacifismo siempre y cuando la policía esté cerca para repartir palos a quienes “dan motivos”. No se trata de una cuestión anecdótica ésta del *pacifismo beligerante*. En su actitud frente a la violencia política se ha revelado el fascismo de baja intensidad que prevalecía en una parte de los indignados ante cualquier conato de enfrentamiento. Eran precisamente quienes reclamaban escuela, trabajo, sanidad... y policía para asegurarlo todo. Hasta cuando les abrieron la cabeza, algunos de ellos siguieron señalando a “los revoltosos”, obviando el detalle de quién sostenía la porra en el momento de estrellarse contra su cráneo. ¿Víctimas de un síndrome de Estocolmo masivo o base social para un próximo régimen totalitario?

Ningún cambio fundamental se podrá dar en el seno de nuestras sociedades desarrolladas sin algún grado de violencia contra quienes sostienen la violencia institucional. Quien niegue eso, a estas alturas, puede ser un iluso con buenas intenciones, pero cuando pasa a defender al policía porque “también es un trabajador” sólo cabe tratarlo como al peor de los policías.

Defender la vida frente a las agresiones de un orden impuesto que genera miseria, destrucción y muerte en todo el planeta se llama *legítima defensa*. Para muchos indignados

no hay ningún nivel de violencia aceptable contra el orden porque ellos son parte fundamental en su reproducción. Quienes hayan intentado plantear la cuestión desde otro punto de vista en una asamblea o hayan querido actuar en consecuencia, habrán comprobado el paradójico carácter agresivo que muestran estos pacifistas a la hora de sofocar cualquier enfrentamiento, siquiera verbal.

8

Su objetivo, efectivamente, es asegurar la paz social; la reivindicación de medidas y políticas redistributivas no busca otra cosa. El consumidor de política indignado ostenta el mismo autismo existencial que cualquier otro consumidor. Los problemas sociales son aquellos que puede asumir como *su problema inmediato*. Es decir, aquello que afecta a sus intereses, y nada más. Si piensa en los afectados por los desahucios piensa en la Propiedad; si en los desempleados, en el Derecho al Trabajo; si denuncia a los bancos, como no, piensa en su Dinero; y cuando se queja de la corrupción lo hace por la baja rentabilidad que le da su Voto. En todo lo que parece revolucionario desliza como objetivo último el reestablecimiento férreo del orden. Cuando se rebela lo hace para exigir cosas mejores. Su divisa es ésta: *reivindicar para después poder callar*. Pero ya hemos hablado aquí de lo novedoso de esta ola de indignación: se ha llevado por delante cualquier intento de pensamiento o acción que vaya más allá de la reivindicación más miope. Utilizando métodos “asamblearios” se ha dado carta de soberanía a la rendición sostenible.

No hay, por otro lado, ningún tipo de conspiración en la sombra detrás de estas movilizaciones; no podemos ser tan optimistas. En realidad, en su espontaneidad, son la mejor expresión de aquello que podemos esperar del “sujeto histórico posmoderno”: una amalgama de reclamaciones, propuestas de mejora y sanción de derechos, muchas veces contradictorios entre sí, inútiles para la solución de cualquier problema vital, pero que tienen el aura de lo participativo. Las asambleas y grupos de trabajo, así dispuestas, acaban cumpliendo el papel de comisiones parlamentarias que alzan propuestas legislativas, pero en su versión miserabilista. Y, efectivamente, ese es el papel que les reserva la historia. Historia escrita a sangre y fuego por quienes verdaderamente ostentan el poder y conducen al mundo (y a nosotros con él) por la senda suicida del desarrollo industrial. Decidir cómo gestionar juntos este desastre, sabernos parte “del mismo barco”

para marcar el rumbo estaría muy bien, si no fuese porque el barco hace tiempo se está hundiendo y muchos ya se han ahogado, empujados por la borda del progreso, encerrados en cárceles, podridos en la miseria y el hambre, masacrados por guerras interminables.

Lo más significativo de los indignados no eran sus proclamas, aquello que gritaban a los cuatro vientos, sino lo que callaban, sobre lo que no tenían más remedio que guardar silencio. ¿Indignación ante qué? ¿Ante la inhumanidad del mundo que nos ha tocado vivir y el papel represivo de cualquier Estado, o ante los precios de los pisos y la inutilidad de los títulos universitarios para conseguir un trabajo bien remunerado? ¿Con qué se indigna la clase media occidental? La algarabía patrocinada y promovida por los medios de comunicación desde mayo dará paso a un abrumador silencio tras las próximas elecciones generales. El silencio cómplice con el genocidio en curso y sobre el que los indignados poco o nada han tenido que decir. Ese *no es su problema*. En la multitud nadie se ve; en el griterío nadie se escucha. Ya han reivindicado. Han pataleado, como el ahorcado, y las cámaras estuvieron allí para retransmitirlo al mundo entero. Ya se han colapsado las “redes sociales” y se ocuparon las portadas de algunos periódicos. Muy bien. ¿Y ahora qué? El silencio nos impugna, por eso, dentro de un tiempo prudencial volverá el griterío. Lo importante para los indignados es mantener la causa de su indignación intacta y defender los pocos privilegios que aún ostentan *caiga quien caiga*. Gritando que somos víctimas omiten decir que, para la mayor parte de habitantes del planeta, para los desheredados del mundo occidental y de la indignación bienpensante, somos, en lo fundamental, *sus* verdugos.

9

El 15-M, el movimiento de los indignados, o como quiera llamarse, no ha supuesto el comienzo de nada, más bien ha supuesto el final agónico de lo que pudieron ser las aspiraciones revolucionarias inauguradas a mediados del siglo XIX. Ya no se trata de utopías sociales, de conquistar el poder o de rendir las fuerzas de la industria a la autogestión obrera. Tampoco es la revuelta de la vida cotidiana y la imaginación insurgente frente a la estandarización de la existencia, ni la lucha por la liberación nacional o la defensa de un territorio amenazado por la modernización. El 15-M ha expresado de forma ejemplar el signo de nuestros tiempos: ha reivindicado, *de forma*

popular y asamblearia, las condiciones de una derrota histórica sin precedentes; ha exclamado su pretensión de mantener las condiciones de una vida insostenible al módico precio de olvidar la opresión pasada, justificar la presente y preparar la futura.

Se ha cerrado un ciclo. Desde ahora, la manifestación, la huelga, la asamblea y la toma del espacio público remitirán a esta escenificación televisada de la derrota. Para algunos la indignación ha supuesto el inicio de cierta toma de “conciencia social”; para nosotros significa el final de una ilusión, la áspera constatación de que no basta compartir una misma opresión para que surja una conciencia libre y una acción transformadora. Todo lo contrario. En el escenario de agotamiento del modelo industrial y capitalista, los movimientos que surgirán en los países desarrollados tendrán un carácter de fondo marcadamente reaccionario, aunque *en sus formas* apelarán a una democracia directa de rasgos inquietantes. Los sujetos de estas movilizaciones serán aquellos adoctrinados en el individualismo más atroz, sin más referentes históricos que sus propios intereses vulnerados, profundamente insolidarios con el resto de un mundo que no conocen ni les interesa conocer, a no ser que se pueda visitar mediante una línea *low cost*; manipulables hasta la médula después de decenios de condicionamiento ideológico por los medios de *formación de masas* e impermeables ante cualquier agresión que venga desde arriba. Estos son los sujetos de la indignación. Los pocos que aún mantenían un juicio propio y una conciencia clara de las causas de la opresión, son los que previamente al quince de mayo la habían forjado en la lucha diaria. Ellos serán, lamentablemente, las primeras víctimas de esta nueva forma de pacificación social.

10

Desde ahora la indignación y su organización política serán un enemigo más a combatir por quienes pretenden destruir esta organización social y no ayudar a mejorarla.

De los casi siete mil millones de personas que habitamos el planeta, hoy, más de la mitad habitan entornos urbanos donde sus capacidades y su autonomía se ven aniquilados, sólo aptos para producir y reproducir las condiciones de vida de un pequeño grupo de privilegiados que disfrutan del lujo y la despreocupación. Más de mil millones agonizan entre la degradación y la miseria, en los grandes vertederos que la urbanización planetaria ha ido habilitando para ellos, víctimas del genocidio de baja intensidad que el desarrollo económico lleva a cabo día tras día en los territorios cínicamente llamados “en

vías de desarrollo”. En las zonas desarrolladas del mundo, donde una minoría aún mantiene ciertos privilegios que descansan sobre millones de muertos anónimos, el encuadramiento y la militarización de los conflictos sigue aumentando. La astenia y la depresión lo hacen de forma pareja. Macro cárceles y ansiolíticos: esa es la receta para la población occidental. Mientras las guerras por los recursos se intensifican generando miles de “tierras quemadas” en las periferias del mundo desarrollado, al interior de sus dominios, el encuadramiento en el nuevo orden mundial exige una disciplina de cuartel para los ciudadanos y un constante condicionamiento ideológico. Las políticas xenófobas, la movilización de inmigrantes y su encierro en centros de internamiento, el aumento de la población carcelaria y el endurecimiento de los sistemas penales... todo apunta hacia unas políticas de “mano dura” que el escenario de la crisis global exige.

Mientras, la artificialización de la vida (su modificación genética, su mediación enfermiza a través de las nuevas tecnologías de la comunicación) y el monopolio de los recursos que unas cuantas elites ejercen en todo el planeta, ofrecen la visión de una nueva “revolución” que, esta vez, ya no aspira a realizar el reino de la abundancia en la Tierra, sino a amortiguar las consecuencias del desastre social y ecológico en el que culmina la industrialización del mundo. Esta “utopía conservadora” a menudo olvida decir que más de un tercio de la población mundial no entra en sus cálculos: son excedentes, así que trabajará silenciosamente para su aniquilación mientras su propaganda sigue prometiendo la vida virtual en la red o la eterna juventud a través de la clonación humana o los paisajes impolutos de una industrialización sostenible, con coches eléctricos, centrales nucleares y parques eólicos.

Hacer frente a todo esto es una tarea de siglos, para la que la indignación de poco vale. La acción contra el orden debe dirigirse contra sus bases materiales, sus fuentes de energía, sus enclaves estratégicos de circulación de mercancías e información. Eso significa enfrentarse a unos Estados militarizados con los medios más sofisticados de destrucción que probablemente haya conocido la humanidad. Como dijo alguien muy ajeno a las manifestaciones de la indignación sumisa “hay que golpear donde duele”, y ninguna asamblea ciudadana lo ha hecho. Ni siquiera se lo ha planteado, ni lo hará, por los motivos que hemos tratado de exponer aquí.

Sí, lo sabemos, el panorama que plantea el agotamiento y agonía del modelo industrial y capitalista no es alentador. Por eso es necesario no entretenerse demasiado con sus

estertores finales (pensamos que la “ola de indignación” es precisamente eso), y no concederles tan a la ligera la categoría de “revoluciones”. Vale decir: *si ellos son revolucionarios nosotros no lo somos, si nosotros lo somos ellos no lo son*. La enormidad de las tareas a afrontar puede hacer que cualquier intento de transformación abunde más en la derrota, con la consiguiente desmoralización. Para millones de personas el acceso a una letrina ya supone una odisea diaria. Mantenedos al borde de la inanición, viviendo en los *slums*, en las cloacas de la civilización occidental, unos mil millones de trabajadores en régimen de esclavitud abastecen de mano de obra a la industria globalizada de los países desarrollados. Este ejército de reserva mundial representa la contracara más terrible de aquel proletariado que inspiró las teorías revolucionarias del siglo XIX y parte del XX. ¿Cómo se posiciona la indignación bienpensante ante estos problemas?

Entendemos que, para muchos, la solución sea mirar hacia otro lado, y establecer su “lucha” en torno a los desahucios por impago de hipotecas, o el acceso a la educación, o la reforma de las pensiones. Lamentablemente no pasará de ahí. Cuando tengan que tomar posición ante cuestiones más cruciales estarán, sin fisuras, del lado del orden. Al final de su lista de reivindicaciones tiene que haber *alguien que las escuche y haga algo con ellas*. Todo lo demás, sobra. Lamentablemente, “todo lo demás” es precisamente aquello a combatir con más determinación. Quizá no seamos nosotros quienes estemos llamados a hacerlo. ¿O sí?

J. Angulles